

C E S E D E N .

MODELOS ESTRATEGICOS

- Por D. Miguel ALONSO BAQUER, General de Brigada de Infantería DEM.
- Secretario permanente del IEEE.

Febrero 1988.

BOLETIN DE INFORMACION nº 207-IV.

La estrategia para la defensa de España que, aquí y -- ahora, estamos considerando se refiere, primariamente, al mante-  
nimiento de todos los intereses de los españoles en condiciones de ser defendidos. Es lo que llamamos un estado de defensa para circunstancias normales.

En principio, las Fuerzas Armadas tienen previstas una serie de acciones que, ante una amenaza de agresión (o una emer-  
gencia de crisis), se consideran suficientes para la vuelta a -- la normalidad. La mera existencia de un aparato militar bien do-  
tado y la demostración de la voluntad de hacer uso de la fuerza de modo legítimo, frente a lo que se considera intolerable, son las dos condiciones que permiten la existencia de una estrategia eficaz.

Se trata, pues, de una actitud vigilante esencialmente discreta y siempre proporcionada a la intensidad de las agresio-  
nes y a la percepción de las amenazas. El juego de las relaciones internacionales funciona mejor cuando en un espacio regio--  
nal todos los poderes soberanos se encuentran en estado de de--  
fensa. Y es que, aunque sólo sea por realismo político, parece obligado exigir a todas las naciones que dispongan de una capa-  
cidad operativa similar a la de sus vecinos.

La proximidad geográfica entre una potencia expansio--  
nista, armada hasta los dientes, y un país ingenuo y confiado -- en las virtualidades de la protección global contribuye en muy pocos años a la declaración de una zona de guerra, cualesquiera que sean las ideologías subyacentes en las dos partes en conflic-  
to.

La permanencia de todos en estado de defensa evita las sorpresas; pero no excluye la posible complicación de uno o de varios actores en alguno de los conflictos bélicos que podemos considerar propios de la modernidad. Hay zonas geográficas en donde convergen intereses que más de una potencia consideran vitales para su porvenir y hay puntos de paso obligado sobre los cuales muchas naciones desean tener garantizados sus derechos de libre circulación. La contemplación de estas zonas y de estos puntos en manos de los especialistas en polemología y en estrategia da lugar al trazado de frentes de agresividad sobre los cuales resulta fácil el ejercicio de una prospectiva que anuncie conflictos armados.

Los frentes de agresividad más sólidos aparecen ligados a estos tres conceptos: a la frontera entre dos concepciones de la vida cultural y social, al istmo de difícil circulación por tierra y de fácil involucramiento por mar, que separa dos maneras de entender la convivencia y al estrecho de intenso tráfico, tanto para las mercancías como para las personas del que depende el nivel de vida de grandes conglomerados urbanos.

La estrategia para la defensa: de las comunidades políticas que están establecidas sobre tales fronteras, -por ejemplo la ya histórica entre la Cristiandad y el Islam; de las que limitan con otra comunidad poderosa por un istmo, -por ejemplo el de los Pirineos, y de las que se asoman a uno de tales estrechos, -por ejemplo, el de Gibraltar, habrá de ser una estrategia particularmente despierta y vigilante.

#### 1.- LOS PROBABLE Y LO PELIGROSO.

Es norma, recogida en los manuales para el empleo táctico de los medios (Armas y Servicios), distinguir, a la hora de tomar una decisión y de desarrollarla según un plan de manobra, entre dos hipótesis sobre el comportamiento del enemigo: la que se considera como más probable y la que se considera como más peligrosa.

El problema estratégico tiene que aceptar este dualismo de hipótesis para disponer, por separado, de dos réplicas --- bien articuladas entre sí. De la hipótesis más probable se deducirá el esfuerzo ordinario para la defensa y de la hipótesis más peligrosa, el esfuerzo extraordinario. Si lo probable es lo realmente dado como problema, lo peligroso será el cumplimiento de una amenaza por parte del enemigo potencial.

En teoría estratégica de cuño occidental se viene considerando siempre más probable la contención del conflicto en sus verdaderos límites -limitado en el espacio (localizado), limitado en el tiempo (espasmódico) y limitado en efectivos (fuerzas especiales)- que la escalada del conflicto hacia la guerra total. Pero esta actitud no excluye el desencadenamiento en espiral creciente de unas hostilidades indeseables e indeseadas, simplemente cuando una de las partes entiende que han sido gravemente afectados sus objetivos vitales.

El problema estratégico resultante de esta posibilidad de tránsito desde lo limitado a lo total, -desde los intereses útiles a los objetivos vitales- que puede darse en la conducción de cualquier crisis, es el de disponer de dos despliegues: un despliegue de paz, para el mantenimiento del equilibrio y un despliegue de guerra, para la garantía de la victoria.

El procedimiento legal por el que se pasa de una a la otra de las situaciones está regulado en todas las Constituciones. Sólo si el riesgo crece de manera patente se sube el peldaño que va desde la normalidad a la excepcionalidad. La mera posibilidad del empleo de la fuerza armada, propia de la paz, a través de la clara probabilidad de su empleo, propia de la crisis, desemboca en peligrosidad, (riesgo de perecer) sea para la población o para la comunidad, que es lo propio de la guerra.

Para lo probable, en estrategia, debería bastar el empleo graduado, medido, moderado y según planes trazados de ante mano del sector más competente de las Fuerzas Armadas. España debe, pues, tener bien dispuesto, altamente profesionalizado y mejor equipado de lo normal a un núcleo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Es el que podría denominarse fuerzas operativas de intervención inmediata.

Para lo peligroso, también en estrategia, habrá que -- contar incluso con compromisos o alianzas, cada vez que la intensidad de la agresión exceda la capacidad operativa de la Nación, -todo ello sin olvidar el sentido imperativo que tienen -- cada una de las misiones para las Fuerzas Armadas recogidas en nuestra Constitución si resultaran afectadas la soberanía y la independencia, la integridad territorial o el ordenamiento constitucional. Es en trances de peligrosidad cuando se requiere la creciente aportación de esfuerzos extraordinarios implícita ya en el deber de estar instruidos, para caso de guerra, todos los ciudadanos afectados por la ley del servicio militar.

Cuatro son los conflictos posibles -los tipos de conflictividad- que alterarían la normalidad de la vida española, sea por motivos internos o internacionales. España puede verse implicada en una guerra global, en una guerra de liberación, en una guerra nacional o en una guerra civil.

Esta afirmación no se refiere a nada que tenga que ver con el grado de probabilidad. La activación de los modelos estratégicos no pueden ser improvisada. Hoy día es bien sabido que se puede preparar en bastante poco tiempo una agresión importante. Hay que tener, además, en cuenta que la preparación de las agresiones resulta estimulada cuando se sabe que el régimen político del presunto agredido atraviesa un mal momento, -- por las circunstancias que sean.

Cualquier duda sobre la legitimidad de un régimen político en ejercicio, proclamada en los medios internacionales de comunicación social, cualquier publicación de una encuesta sociológica, expresiva del desinterés de una población por acudir a la llamada de las armas o cualquier polémica interna sobre los modos adecuados para conducir una crisis, etc.... puede ser utilizada por el agresor para que inmediatamente pronuncie ante sus hombres la frase fatídica que inicia todos los enfrentamientos armados. ¡Ahora o nunca!

La estrategia para la defensa de una comunidad política de hombres libres tiene que partir de este esquema básico:

a) unas fuerzas en presencia, ya desde el período de paz, b) -- unas fuerzas disponibles, en el momento o coyuntura en que se manifiesta la crisis de seguridad y c) una necesidad de fuerzas para el caso de que el conflicto armado se prolongue o se internacionalice.

No es lo probable (o lo peligroso) lo que legitima la orgánica de la defensa. La defensa se dispone y la estrategia -- se piensa sin más dato objetivo que el de la posibilidad de la guerra... o de la posibilidad de otros conflictos mayores o menores (revoluciones y pronunciamientos) para los que sea ingenuo pensar en la renuncia al empleo de la fuerza armada. El --- tránsito de la posibilidad a la probabilidad y de la probabilidad a la peligrosidad se atiende a un proceso de alguna duracion. De aquí que toda estrategia haya de ser repensada en forma de alternativas, de procesos, etc. Habrá de contar con cambios de situación, unas veces producidos por el acierto del estrategia propio y otras padecidas por el fracaso de la estrategia en curso.

No puede abordarse un conflicto armado de alguna duración sin que los elementos dirigentes de la comunidad estén --- orientados sobre el proceso previsible de las decisiones sucesivas que constituyen el correspondiente modelo estratégico. Aunque el modelo se construya con datos tomados de la realidad, nadie discute hoy que lo que mejor funciona es el respeto a las - preferencias que en tiempo pasado se fueron consolidando para - cada pueblo. La sustitución del modelo estratégico preferido -- por la comunidad por otro modelo razonablemente ajustado a los elementos de la situación verdaderamente dada es una operación delicada que sólo tiene éxito cuando está prevista de antemano y está siendo suficientemente conocida por los mandos responsables.

Cada tipo de conflicto posible tiene su naturaleza particular y, por ello mismo, soporta un número reducido de posibilidades de acción. España, por ejemplo, no puede abordar de la misma manera las cuatro situaciones que a continuación se van a insinuar sin que el enemigo potencial de cada una de ellas resulte totalmente definido. Pero la definición concreta del enemigo a batir sólo puede hacerse al hilo de la crisis ya abierta.

En términos abstractos hay que considerar posibles estas cuatro situaciones:

- a).- Conflicto generalizado o guerra global, en régimen de escala totalizadora de esfuerzos. Se trataría de una tercera guerra mundial similar a la que han imaginado más de un general occidental al desarrollar la hipótesis del ataque -- por sorpresa de una gran potencia, sea o no con medios nucleares.
- b).- Conflicto localizado o guerra de liberación, en régimen de insidias y de propagandas cargadas de significación. Se -- trataría de una nueva guerra de secesión sobre el territorio patrio en la que una de las partes proclamaría su independencia y el resto de la nación apelaría al espíritu y a la letra de la Constitución para la salvaguarda de la unidad.
- c).- Conflicto internacional o guerra entre naciones, en régimen de declaración formal de hostilidades. Se trataría de una guerra exterior con pretensiones de bilateralidad en - la que se pondría en juego una reivindicación territorial o un desagravio.
- d).- Conflicto interno o guerra civil, en régimen mixto de rebelión militar y revolución social. Se trataría de una nueva

guerra de sucesión o de conquista del poder expresiva de -  
la ruptura de la convivencia política y del miedo recípro-  
co de una y otra parte de la población a ser gobernados --  
por los criterios del contrario.

Este esquema de posibilidades puede parecer excesivo -  
al observador de la realidad social y también a cuantos viven -  
confiados en la vigencia de un sistema de leyes y de un orden -  
internacional. Habrá que contar con un frecuente y hasta obliga-  
do esfuerzo intelectual por parte de los profesores universita-  
rios de cada comunidad política estable que tenderá a poner de  
relieve lo que haya (en este esquema de posibilidades) de inter-  
rés corporativo que se esgrime por los militares de carrera a -  
favor de su particular prevalencia en la sociedad. Porque es fá-  
cil descubrir en el esquema de la conflictividad posible una vo-  
luntad de autoafirmación de las instituciones militares que se  
apoya en la presentación exagerada de riesgos y amenazas. Pero,  
aún concediendo que se han cometido excesos en su presentación,  
nadie puede negar el efecto de contención de conflictos que to-  
da actitud equidistante del rearme y del desarme viene ejercien-  
do precisamente en Europa Occidental a partir de 1945. Todos --  
los discursos políticos pronunciados en el marco de la Alianza  
Atlántica desde hace dos décadas utilizan esta dialéctica para  
no alterar de súbito una decisión mantenida y formalizada desde  
1949 de la que están más que satisfechos todos los aliados.

Defendemos que estas cuatro situaciones de excepciona-  
lidad pueden ser separadas del horizonte merced al talento polí-  
tico de los gobernantes. La presentación de los líderes naciona-  
les de las cuatro últimas décadas como seres menos dotados que  
los de los años treinta y cuarenta de nuestro siglo no hace ---  
otra cosa que señalar la mayor bondad de los actuales sistemas  
de gobierno, respecto a los que desembocaron en las guerras de  
los años treinta y cuarenta.

El militar de carrera de elevada graduación y destina-  
do en puestos de responsabilidad no puede, honestamente conside-  
rar improbables todos los errores que conducirían a unos o a ---  
otros pueblos al estado de guerra. Debe hacerse a la idea de --  
que algo puede marchar mal y por razones éticas, debe aplicarse  
o mejorar el rendimiento de los inevitables sacrificios que a -  
todo estallido de violencia acompañan. Y ésta es la zona donde  
adquiere particular transcendencia el acierto en la elección --  
del modelo estratégico adecuado a la situación que se intenta,-  
primero evitar y luego resolver.

El desencadenamiento de una crisis excepcional -la rup-  
tura de la normalidad en materia de defensa- ha tenido siempre

en los tiempos modernos estas dos respuestas: 1) el elevado nivel de movilización social, que llamamos la nación en armas y 2) el desaforado esfuerzo de innovación tecnológica, la revolución técnica de los ejércitos, que llamamos carrera de armamentos. Las dos tendencias estratégicas aludidas apuntan respectivamente a la acción directa de un ejército ejército de masas y a la disuasión con medios potentes de un núcleo de especialistas. ¿No seremos capaces de concebir otras mejores?

Estamos en un momento de la historia universal en el que no gusta tal alternativa. Y en el que los hombres dotados de una conciencia práctica están en condiciones de reconocer -- las causas y las razones de la conflictividad. El problema, entonces, queda referido al enriquecimiento imaginativo de los modelos estratégicos que permita canalizar razonablemente los brotes de violencia.

Pero para lograr una acertada visión del problema del empleo razonable de la fuerza para la resolución justa de un conflicto es preciso que antes, de manera formal, veamos cual ha sido en los tiempos recientes el repertorio de los modelos estratégicos utilizados por los hombres capaces de dirigir esa fuerza. Hay que saber entre qué modelos estratégicos podemos elegir.

## 2.- LA ESPADA Y EL ESCUDO.

Todos los modelos estratégicos aplicados en los dos últimos siglos tienen capacidad para recoger en su teórico proceso de desarrollo, distintos ambientes, cambios de actitud y alteraciones de modalidad. Son modelos de media duración más o menos marcados por la prisa o por la paciencia.

Se suele considerar, a grandes rasgos, que cada estrategia es el resultado de optar entre ofensiva y defensiva, entre la espada y el escudo o entre la acción y la disuasión. Pero se trata de una aproximación más superficial que profunda.

Esta presentación del problema estratégico está exclusivamente basada en la prisa por ganar o en la preocupación por no perder demasiado pronto. En definitiva, en esta perspectiva el buen estratega es el que no pierde el tiempo, bien porque lo aprovecha, como Napoleón, en la mayoría de los casos, para dar al instante la noticia de su victoria, bien porque lo utiliza, como Wellington, en muchas y decisivas ocasiones, para no dar la batalla hasta el momento oportuno.



No estamos en condiciones de atenernos al pié de la letra a tamaño simplificación operativa. Esta visión es propia de la retaguardia de las naciones y sirve sólo para cuando en una guerra declarada por ejércitos están el uno a la vista del otro. Esta visión no expresa la realidad del juego estratégico propio de la política de bloques de finales del siglo XX.

La noción misma de modelo estratégico nace de la aceptación de la duración del problema que ha llevado a la guerra, de hecho, o que, en un momento de crisis, podría llevarnos a ella. Tomar una actitud ofensiva y pasar a la defensiva inmediatamente, si las cosas se tuercen es algo que han tenido que hacer en las batallas todos los grandes capitanes. Este cambio de actitud, -como el de signo contrario, tan recomendado por Mao- no entraña cambio de estrategia. Es el desarrollo normal de cualquiera de las estrategias.

Tampoco entraña cambio de estrategia el símil que pone en contraste el uso preferente de la espada o el del escudo. Incluso el combatiente individual, de quien está tomada la imagen, precisa de la coordinación de ambos modos de combatir. La posición relativa de la espada y del escudo forman un todo indivisible. Sólo a través del análisis de otros datos -la elección del punto de aplicación de la fuerza y la fijación del objetivo- -- puede decirse de una estrategia que depende más del éxito en el manejo de la espada que del acierto en la colocación del escudo.

Más se aproximaba a la estrategia el general De Gaulle cuando decía, frente a los militares propensos a introducir estrategias para la guerra sucia o revolucionaria, que sólo había dos modos de estar en un teatro de operaciones, en guerra de movimientos y en guerra de posiciones. Y acertaba el estadista y militar francés por cuanto expresaba como propio de la situación el dato de una aceptación recíproca de actitudes que abrazaba a las dos partes contendientes. O los dos pueden moverse (y prefieren hacerlo) o ninguno de los dos lo hace, de momento. Tales son los tipos clásicos de situaciones en que se encuentra el estratega en operaciones por mucho que prefiera otras, -en movimiento o en posición, en la guerra relámpago o en la guerra de trincheras.

Los modelos estratégicos realmente contemporáneos no podrían prescindir, si las fuerzas ya están en presencia, del juego de actitudes ofensivas y defensivas como esencia del combate. Pero si las fuerzas en las que se piensa y con las que se razona son las disponibles a lo largo y a lo ancho de un teatro de operaciones el juego de posibilidades alternativas se ensancha. Y se altera, sobre todo, si entra en la cuenta, por la par

participación de un aliado poderoso, una diferencia de cualidad -- grave entre los bandos. Y es aquí en donde tiene sentido, más -- que un cambio de actitud o una alteración de la modalidad, el -- cambio de modelo que se propicia desde tiempo de paz.

Pero el cambio de modelo más profundo es el que traspasa la frontera que va desde los modelos de la acción hasta los modelos de la disuasión. Aquí ya no cabe la coordinación armónica de espadas y escudos para librar pronto o tarde, a juicio de cada cual, una batalla decisiva. En la alternativa entre acción y disuasión está explícita la actividad de los medios (de hecho) o queda implícita su desactivación (de derecho). La estrategia para la disuasión es radicalmente contraria en sus modos a la estrategia para la acción. Sólo cuando fracasa la disuasión se llega a las manos y se pone en marcha la utilización real de los medios militares.

Estas observaciones quieren decir que la dialéctica -- "ofensiva-defensiva" se queda en el plano de análisis propio de la estrategia operativa. Fue la estrategia de los estudios de -- historia de las campañas y, por analogía, es la estrategia de -- los planes de campaña previstos para un futuro próximo.

Quieren decir también que con la dialéctica "espada-escudo" se gana un plano más elevado para el análisis de los problemas de la defensa que es el propio de la estrategia general o estrategia conjunta. Desde este plano se puede percibir el sentido dominante en la política militar de una nación. Porque hay -- ejércitos, marinas y aviaciones de guerra que por la naturaleza de sus materiales y por el estilo de sus reglamentos no tienen -- otra opción que las maniobras penetrantes resolutivas de escasa duración -- golpes de espada. Y hay ejércitos, marinas y aviaciones que no tienen otra posibilidad de actuación que la de mostrarse resistentes durante un tiempo intencionalmente largo -- paradas de escudo. Aquí se asimilan las nociones de iniciativa y -- respuesta con las de espada y escudo, respectivamente.

Ahora bien, el plano de análisis verdaderamente estratégico en el que se puedan diferenciar auténticos modelos es el de la gran estrategia, estrategia total o estrategia global, que es el de la dialéctica "acción-disuasión". Es el plano en el que se habla de fuerzas necesarias y no sólo de fuerzas disponibles o de fuerzas en presencia.

Cada modelo estratégico nace de la opción a favor de -- una entre las tres alternativas a las que ha de dar respuesta: -- el modo de intervenir, el objetivo que alcanzar, y el medio que utilizar.

### 1º.- Acción o Disuasión (modo).

En esta alternativa se decide la preferencia por uno u otro de los modos de intervención. Napoleón nunca disuadía, siempre actuaba. La concepción de su ejército y la preparación de sus maniobras sólo tenían sentido en la victoria en una campaña o en una batalla campal. Del "casus belli" pasaba directamente a "un arte todo él de ejecución". Los estrategas civiles que inventaron la represalia masiva o la destrucción mutua aseguraba, contrariamente querían eliminar el "casus belli" sólo por la amenaza de intervención. Sólo disuaden y nunca actúan.

### 2º.- Capitulación o Tregua (objetivo).

En esta alternativa se decide la transcendencia del objetivo en liza. Si requiere la capitulación es vital para uno o los dos contendientes. Si consiente la tregua o el compromiso es que puede considerarse útil por ambas partes, y por ello mismo, materia de negociación, de arbitraje, etc. ...

### 3º.- Elite o Masa (medio).

En esta alternativa se decide la cualidad de los medios que serán conducidos al escenario o, en su caso, empleados en la confrontación. Si se hacen jugar élites de combatientes dotadas de instrumentos poderosos, sea para la acción o para la disuasión, es que en la retaguardia del conflicto existen unas gentes que sueñan con inhibirse de las consecuencias inmediatas de la conflagración. Si se apela a las masas es que la gravedad de la situación es percibida por todos de manera dramática.

En la conciencia de quien elige "élite" domina la idea de ahorro de lo disponible y en quien elige "masa" la idea de consumo, tan acelerado como insaciable, de los recursos todos y hasta de las reservas.

Cada modelo estratégico, por ecléctico que quiera ser, está obligado a escoger entre acción y disuasión, entre capitulación o tregua o entre elite y masa. Y una vez elegido uno, el tránsito de un modelo a otro se hace extremadamente delicado. -- Porque hay en todos los pueblos y en las filas de todos los ejércitos durante las guerras una inercia irresistible que obliga, moralmente, a prolongar los saberes sobreentendidos. Hay una resistencia grande a introducir un giro en las ideas sobre la conducción de las operaciones, que sólo las grandes personalidades pueden vencer.

Estas tres alternativas nos dibujan en el horizonte - español un repertorio de opciones que se reduce a ocho modelos de estrategia. En teoría, son los únicos posibles en el marco de la doctrina estratégica que venimos dibujando a grandes rasgos. Pero posibilidad teórica no significa lo mismo que probabilidad práctica, ni mucho menos que peligrosidad real. Cada tipo de conflicto, por su propia dinámica, en alianza con las decisiones más o menos razonables de los hombres, está en condiciones de producir un desencadenamiento de acciones y de reacciones, de iniciativas y de réplicas verdaderamente original, cuyo seguimiento será apasionante para el buen historiador.

Las tres alternativas que nos están sirviendo para la descripción de los modelos contemporáneos de estrategia total - fueron utilizadas por quien esto escribe para un objeto similar en el ensayo que titulé Las preferencias estratégicas del militar español. Adoptábamos, entonces, una sucesión de preguntas - de este estilo:

19.- El modo de intervención en el conflicto de las Fuerzas Armadas Españolas ¿se ajustará a la norma del empleo discreto de su potencial disponible o se propondrá, más bien, la exhibición de una amenaza de empleo de las armas en presencia con el suficiente grado de credibilidad sobre la voluntad de usarlas?.

En síntesis, nos preguntábamos si España estaba decidida, en principio, a la defensa de sus intereses, bien por métodos estratégicos de acción, bien por métodos de disuasión del adversario potencial.

20.- El objetivo militar que se pondría en juego como finalidad del empleo de la fuerza ¿será tratado y definido como vital o simplemente presentado como útil para la seguridad de España?.

De esta alternativa, que antes hemos encuadrado en el binomio capitulación-tregua, habríamos de deducir si España -- cuenta, bien con previsiones para una movilización total - de recursos, bien con previsiones para una convocatoria selectiva de eficaces combatientes.

30.- Los medios militares que habrán de ponerse al servicio de la finalidad, vital o útil de las operaciones (o presiones) en curso (o en proyecto) ¿tendrán una estructura técnica - débil, que habrá que compensar con la predicación del entusiasmo o serán objetivamente tan potentes que habrá de garantizarles la formación más rigurosa?.

De esta alternativa, que puede subsumirse entre los polos del elitismo y de la masificación, el comportamiento previsible de nuestros efectivos militares queda encauzado bastante inexorablemente, bien hacia una actitud cuantitativa de consumo de recursos humanos y materiales bien hacia una actitud cualitativa de ahorro del instrumento especializado.

Cada una de las tres alternativas engendra dos soluciones. Resultan, pues, ocho opciones. Cuatro si se elige la acción y cuatro, la disuasión, siendo dos de cada cuatro para objetivo vital y dos para objetivo útil y uno de cada éstos o aquellos dos adecuado para tropas de élite y otro ajustado para ejércitos de masas.

Los modelos quedan radicalmente separados entre sí por la primera de las alternativas y sólo tíbiamente distinguidos por la segunda. En cambio, salen notablemente marcados por la tercera. Y es que ha sido norma general en los tiempos modernos la argumentación siguiente: "cómo procede luchar sólo por objetivos vitales, es vital todo aquello por lo que se lucha". Tal fue, con los documentos en la mano lo que dijo Hitler de su pasillo hasta Dantzing, lo que dijo Mac Arthur de su presencia en Corea del Norte, lo que dijeron los franceses de su actuación en Diem-Bien-Phú, los ingleses de su actuación sobre las Malvinas, etc., etc....

Son los ojos del historiador sereno los únicos que podrían avisar a los protagonistas de las crisis bélicas sobre lo diabólico del engaño que hizo, antaño, a los hombres creer que morían por la supervivencia de lo más sagrado cuando de veras se había lidiado, casi siempre, por la defensa de intereses de alguna utilidad. Pero esto es otra cuestión más de ética social que de estrategia militar.

### 3.- LA ACCION Y LA DISUASION.

El grupo de los modelos de la estrategia de la acción es deudor del formalismo jurídico de la declaración de guerra. Por este motivo, estos modelos son los mejor aceptados por la clásica mentalidad del militar de carrera. Operativamente hablando, aparecen marcados por la ausencia de limitaciones de intervención. Psicológicamente, las acciones militares aparecen enmarcadas por el rótulo "todo está permitido". Por más que el progreso civilizador haya logrado establecer unos límites mora-

les que se refieren, ante todo, al trato a la población civil, al herido, al prisionero, es decir, al no beligerante, el estado declarado de guerra tiende a ser vivido como de limpieza moral superior al no declarado.

Los cuatro modelos estratégicos para la acción ya clásicos son la lucha prolongada, la presión directa, la acción directa y la aproximación indirecta. Su empleo alternativo explica el mayor número de las páginas de la historia de las guerras.

El grupo de los modelos de la estrategia de la disuasión aparece en los tiempos modernos como consecuencia de la realidad existencial de hostilidades profundas no declaradas. Estos cuatro modelos se desarrollan en un ambiente repleto de incidentales limitaciones al empleo de la fuerza armada. Es una estrategia esencialmente controlada por los políticos y anunciada, sistemáticamente, por vía diplomática. Las advertencias, las notas conminatorias, los ultimatum, etc. ... forman parte esencial del juego estratégico en el que a las Fuerzas Armadas se les asigna un papel contribuyentes, es decir, es decir, un escaso protagonismo.

Son la agresión indirecta, la disuasión con medios convencionales, la insurrección armada y la disuasión nuclear. Las páginas todavía abiertas de los libros de historia más reciente hablan de ellos con creciente frecuencia.

El orden a seguir para la presentación de los modelos de la acción nos va a venir inspirado por un proceso histórico de ascensión hacia la profesionalidad. En la historia de las campañas militares europeas, el protagonismo pasó por estas cuatro etapas, la del guerrillero, la del miliciano, la del soldado de filas y la del militar de carrera.

Los cuatro modelos de la estrategia de la disuasión, -que ningún experto suele estudiar conjuntamente- están embridados por la política internacional rígidamente. Las estrategias resultantes son estrategias totales de inspiración política que se apartan notoriamente, en sus leyes (disuasión firme del contrario y acción graduada del bando propio), de los preceptos de la estrategia de inspiración táctica, o estrategia operativa, -que vimos predominar en los modelos de la estrategia de la acción. Suponen el invento de una profesionalidad distinta a la clásica pero, a su modo, indiscutible.

La rigidez del fraccionamiento de la diplomacia y la imposición de límites a las armas no se circunscribe a la estrategia de la disuasión nuclear, sino que se amplía a la disuasión clásica o convencional, alcanza el ámbito de las agresio-

nes indirectas entre los grandes (que estallan en el escenario de un tercer Estado con problemas de legitimidad) y se instala en los fenómenos que van de la guerra grande a los de la guerra chica. La profesionalidad que aquí encontramos es la del tecnólogo, la del soldado voluntario, la del partisano y la del militante.

*"Disuadir al tecnólogo, que las ha dispuesto, del empleo de las armas nucleares es fácil... Disuadir al soldado de los ejércitos de que se lance con toda su fuerza contra el que le insulta o se opone al cumplimiento de las órdenes que el soldado ha percibido es también posible... Disuadir al partisano, es decir, al voluntario que se pone al servicio incondicional de una ideología, de su intervención en un conflicto que podría ser objeto de negociación tras un alto el fuego es ya bastante difícil... Disuadir al militante en cuadrado en organizaciones de clases, previamente adoctrinado en una mística revolucionaria, es prácticamente imposible".*

Adelantemos lo que será objeto del capítulo siguiente -la opción preferida por España: La estrategia para la defensa de España, a la hora de elegir un modelo entre los cuatro de la acción ha elegido ya el del "militar" de carrera, es decir, el de la aproximación indirecta y a la hora de elegir entre los cuatro de la disuasión ha elegido el del "soldado" voluntario, es decir, el de la disuasión con medios convencionales. Lo que falta por explicar son las consecuencias que de tales elecciones se derivan.

Y es que el problema estratégico español, con todas las salvedades que en gracia al principio de incertidumbre se quisieran introducir, está incardinado, caso de apertura de un período agudo de conflictividad, en estas tres direcciones preferentes:

- Más hacia el empleo directo de la fuerza (acción) que hacia la exhibición de la amenaza (disuasión).
- Más hacia la selectiva convocatoria de combatientes (ejército profesional) que hacia la movilización omnicomprendensiva de recursos (ejército de masas).
- Más hacia el consumo gradual del potencial de guerra (resolución temprana, no rápida o pronta, del conflicto) -- que hacia el empleo ahorrativo de la fuerza (lucha prolongada).

En definitiva, en estas tres preferencias, parece claro que hay una teórica opción a favor de la espada sin desdeñar el manejo del escudo.

Claro que en el dilema clásico entre la espada para la acción y el escudo para la disuasión no existe una barrera firme que impida: bien obtener resultados disuasorios gracias a la fuerza concebida para la acción o bien que niegue a una formación de medios disuasivos la capacidad para actuar demostrativamente. Pero no debe haber ninguna duda sobre el sentido actual de la política de defensa de los españoles que está preferentemente basada en una capacidad de reacción con efectivos militares de carácter convencional en sí misma disuasora. Son, pues, los mismos efectivos los que asumen la responsabilidad de actuar y la de disuadir.

España y sus Fuerzas Armadas de Tierra, Mar y Aire han orientado en las dos últimas décadas sus reflexiones de contenido estratégico hacia la creación y el sostenimiento de unos efectivos crecientemente profesionales. La política de defensa de una serie de Gobiernos trata de unos efectivos dispuestos para la acción militar. Tenemos unos ejércitos de tierra, mar y aire actualmente en espera de ser dotados de medios eficaces y de alcanzar la capacidad suficiente para reducir la duración de la fase álgida de cada conflicto que haya sido abierto en su turno.

Los cuatro modelos estratégicos de la acción aludidos están siendo aplicados todavía en otros escenarios del mundo -- desde muy diferentes perspectivas. Tienen seguidores fervorosos. La larga marcha de Mao ha pasado a la historia como excelente ejemplo de lucha prolongada; las milicias ciudadanas, descritas por Maquiavelo y empleadas por Adolfo Hitler con anterioridad al estallido de la Segunda Guerra Mundial, responden a la idea estratégica que hemos denominado de presión directa; los ejércitos de masas de la era napoleónica se ajustan a la concepción pura de la acción directa y los ejércitos de oficio, que pudimos los españoles contemplar en las operaciones de Wellington, se adecúan a los modos de la aproximación indirecta.

Pues bien, éste último modelo es el que ha venido a -- constituirse en paradigmático para una nación como la española que ha terminado teniendo fronteras estables y que ya se propone disponer de una cierta capacidad para la modernización de -- los efectivos militares de tierra, mar o aire. Tenemos, pues, --

los españoles decidido el modelo estratégico para nuestra acción en fuerza si es que se dieran las condiciones para su inmediata aplicación.



Por otra parte, -ahora en términos de estrategia de la disuasión- conviene reflexionar en el parecido formal que podrían las instituciones militares españolas buscar en los cuatro modelos estratégicos de esta clase que se están explicando fuera de nuestras fronteras. Cada uno ha tenido su oportunidad histórica y dispone de teóricos eminentes. Los partisanos de -- que hablan, cada uno a su modo, Federico Engels y Lawrence de Arabia, practicaron una agresión indirecta; los soldados coloniales de Kitchener o Lyautey, se especializaron en la disuasión con medios convencionales; los militares cargados de ideología de Lenin y de Trotsky, dominaron las técnicas de la insurrección armada y por último, los todavía fantásticos tecnólogos de las guerras espaciales y de los proyectiles intercontinentales, han diseñado las leyes de la disuasión nuclear. Este es el repertorio de modelos disuasorios puesto a nuestra disposición.

Pues bien, secundariamente respecto al modelo de la -- aproximación indirecta, hay que decir que sólo el modelo de la disuasión con medios convencionales cabe en la perspectiva normal de los ejércitos de España. Nosotros, tanto los militares -- como nuestro pueblo, hemos renunciado a métodos que sólo tienen sentido en el marco teórico de referencias de una guerra total o de una revolución planetaria. Nuestra mente y nuestro corazón están vertidos hacia un sólo problema: la resolución por las armas del conflicto que ponga en peligro la supervivencia de España y la seguridad de los españoles. Y esta orientación esencial desemboca, sin duda alguna, en la elección del juego alternativo entre la acción, con modalidades propias de la aproximación indirecta y la disuasión, con modalidades ajustadas a los medios convencionales.